

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas



Director:

Luciano Carrouché

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné

Jacobo Waisman - Dívico A. A. Fürnkorn - Luis Marforio

Enero-Febrero de 1916

Núms. 31-32



Revisado

775

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

D. 56

N. 23210

Generalidades del impuesto único

(Fragmentos)

En todo estado social hay una incesante renovación de principios nómicos; es que en el mundo de las altas especulaciones es también verdad inconcusa la eterna transformación de la materia. Así vemos sucederse los fundamentos y las instituciones que tienden a realizar el ideal de la convivencia social; así vemos multiplicarse las ciencias e intensificarse la lucha y asistimos a un juego incesante de substituciones equilibradoras. Pero la inteligencia de los hombres, el anhelo de los pueblos, el progreso de los conocimientos, la investigación y la necesidad, hallan siempre a su frente, como una obsesión inquietante, el misterio de la verdad que se presenta inabarcable. Sometemos una fuerza, descubrimos el mecanismo sorprendente de una ley, nos alejamos del hombre primitivo y del salvaje, nos elevamos sobre el bruto; pero fracasamos al pretender concertar armoniosamente los intereses colectivos y vemos aparecer el dolor de la miseria y la repugnancia del crimen precisamente cuando sobre el fastigio del edificio social izamos la bandera paradógica de la civilización...

Todo está legislado: los códigos nos abruma, las cartas políticas nos otorgan derechos y libertades; pero no obstante el camino recorrido, a despecho de las maravillas de la cooperación, de la división del trabajo, de la reducción útil de las fuerzas naturales, de la multiplicación de los medios de pro-

ducción y de los de transporte, del desarrollo de los núcleos orgánicos de población, desde oriente hasta occidente; desde Egipto, Fenicia, Cartago e India por Grecia y Roma hasta la Europa feudal e inquisidora, desde la América colonial hasta la contemporánea, hay algo en la humana falange que se perpetúa cruelmente; es la organización económica que en todo tiempo ha sido y ha de ser el escollo insalvable para realizar la felicidad social que buscan en creciente desesperación y sacrificio las generaciones...

.....

Profeso el materialismo histórico. El fenómeno primordial de la vida solidaria es el económico y las causas de todos los males radican en vicios iniciales de organización. Las causas de las guerras entre los pueblos de la alta antigüedad no fueron simples explosiones de odios infundados; es que cada uno buscaba, apelando a la fuerza, (igual que hoy), asegurar las condiciones de su existencia asentando su sede sobre praderas fértiles, bajo climas propicios. Las revoluciones de la plebe romana y del elemento servil fueron causadas por la tiranía del patriciado que envilecía y castigaba las energías del trabajo, engendrando el hambre en las clases desposeídas; la revolución francesa no fué ruda explosión de la demagogía criminal; fué menester lanzar la declaración de los derechos del hombre porque precisamente la pésima organización económica los había pisoteado y desconocido; los trastornos de la edad media fueron debidos a la tiranía de los señores feudales que habían hecho de la tierra, regalía de iniquidad; las revoluciones de Estados Unidos y la nuestra de 1810, fueron motivadas por el anhelo de la libertad económica, base segura de la grandeza de los pueblos; las causas del aislamiento y de las luchas entre las provincias argentinas, subsiguientes a la epopeya, tuvieron su origen en el antagonismo económico creado por las aduanas provinciales; la guerra actual, que conmueve la estructura universal, es motivada por exigencias de supremacía económica... ¿Para qué seguir? A través de tantos y tan variados hechos y ahondando el análisis se descubre al factor económico demoliendo y construyendo, fomentando emigraciones, levantando ejércitos y puebladas; en una palabra: escribiendo la historia de la humanidad en el largo peregrinaje por las mal trazadas sendas de la verdad, de la justicia y del derecho... Si queremos que la civilización no sea

una deidad macilenta coronada de harapos y enferma de dolor; si queremos desterrar la injusticia y la miseria; libertar el trabajo y el capital, agobiados por cargas arbitrarias; si queremos realizar el sueño de libertad que con tanta sangre ha salpicado los siglos, empujando incesantemente la ilusión de los hombres; si queremos que la equidad deje de ser un concepto vaciado en torpes convencionalismos y mistificado por atávicos egoísmos, destruyamos el monopolio de la tierra mediante la implantación del impuesto único y veremos cómo el parasitismo se suicida, cómo la producción se emancipa, cómo el consumo no se entorpece, cómo el trabajo ofrece a los hombres el secreto de las redenciones incommovibles.

.....
Todos sabemos, perfectamente, el por qué de los impuestos y nos dispensamos de resolver si constituyen un bien o un mal porque esta cuestión, tratada por algunos economistas, es trivial, carece de valor científico y de significación práctica. La imposición es necesaria: eso basta. La aparición del estado, el ejercicio de sus facultades y el cumplimiento de sus funciones lo señalan como a sujeto activo del impuesto. El pueblo es el sujeto pasivo. ¿Y la fuente? Este es el mar de todos los naufragios. Decimos nosotros, los discípulos de George, que la fuente es la tierra. ¿Y por qué?, exclamarán los terratenientes azorados mientras ven sonreír complacidos al trabajo y al capital.

El trabajo no necesita de la presencia del estado. Fuera de él, el hombre primitivo, nuestro padre de las cavernas o de las selvas con su esfuerzo libre, dispuso de la energía natural; arrancó los frutos de la tierra y desarrolló su vida rudimentaria en la apacible serenidad de la necesidad satisfecha. No necesitó de la cooperación, ni de la división del trabajo, ni de la maquinaria; su energía, teniendo acceso franco a las oportunidades naturales, le ofreció sustento y abrigo. Por eso es que el trabajo, que no es una consecuencia de la organización política, debe verse exento de impuesto: el producto íntegro del trabajo pertenece, sin disputa, al que lo ha creado. ¿Y qué diremos del capital, que no es sino trabajo acumulado, destinado a una ulterior producción?... Con la tierra ocurre precisamente lo contrario; para que tenga valor venal; para que produzca renta, siendo pasto de codicia; para que fundamente la propiedad privada, necesita, forzosamente,

de la presencia del estado que supone un pueblo, un régimen legal, una armonización de intereses, clases poderosas y clases desheredadas...

El valor de la tierra depende, exclusivamente, del incremento social. Es cierto que las mejoras contribuyen a acrecentarlo pero deducido el valor de éstas es bien fácil establecer el valor de la tierra desnuda. Ahora bien: esa renta que, hoy por hoy, aprovecha el terrateniente sin realizar gestión activa alguna porque la valorización se opera por obra del desarrollo de ese ente corporativo que llamamos sociedad, debe ser usado por ésta para las necesidades del común. ¿Cómo conseguirlo? Sencillamente: haciendo ingresar ese valor emanado de todos y de ninguno (incremento social) en las arcas fiscales bajo forma de impuesto.

.....

Se nos ofrecen dos criterios impositivos: el de la unidad y el de la multiplicidad y desde el punto de vista de su incidencia puede hablarse de impuestos directos ("ad personam" o "ad rem") y de indirectos.

La unidad ha sido sostenida por Turgot, Menier y Walras, entre otros. Se ha creído siempre que el impuesto único no alcanza mayor relieve que el de un bello ideal impracticable. Pero son reconocidas sus ventajas aun por sus propios impugnadores. Así dice Leroy Beaulieu: "Es incontestable que la unidad del impuesto si pudiera ofrecer al tesoro, sin injusticias graves, todos los recursos de que tiene necesidad, sería excelente. Ella haría desaparecer una multitud de tropiezos y riesgos para la producción y la circulación; extendería, en gran medida, el campo de la libertad civil e industrial. Es tanto más libre el hombre cuanto menor número de impuestos soporta"...

Es sabido que todo impuesto debe reunir determinadas condiciones para que sea conveniente y, por ende, justo. Podemos enumerar las principales, de acuerdo con Smith:

- 1.º Que pese lo menos posible sobre la producción;
- 2.º Que se pueda obtener con poca erogación y la mayor facilidad;
- 3.º Que sea fijo;
- 4.º Que sea igual.

La fuente única de la riqueza, primordial y permanente, es la engendrada por la conjunción del esfuerzo humano con los elementos y fuerzas naturales. Es lógico, entonces, que el peso impositivo recaiga, no sobre las ganancias del trabajo y

sobre las utilidades del capital, sino sobre la renta de la tierra que se obtiene sin otro requisito que el de la expansión social. Pero si, como hasta el presente, hacemos actuar el impuesto sobre el procedimiento productivo, obstaculizamos arbitrariamente la creación de riqueza; y lo mismo pasará si lo hacemos actuar sobre el trabajo en el momento de ejercerse, sobre la riqueza que se transforma en capital o sobre la tierra que se trabaja. El error actual estriba en tener a la tierra por *capital* cuando es un *elemento*.

Hay que imponer, pero no de cualquier modo: hay que consultar el límite de la necesidad y de la resistencia; más allá está la injusticia.

No estará de más que narre un pasaje anecdótico conocido. Por la tortuosa senda de la montaña un mercachifle hacía el camino entre una aldea y otra buscando mercado a sus baratijas. Llevaba por todo compañero un pobre asno cargado con desconsideración, lleno de mataduras. El mercachifle tiraba al paciente animal del cabestro. Pero, a punto de batir una cuesta, el asno negóse a marchar. El hombre no usó de contemplaciones y descargó sobre las ancas filosas y la cabeza de la bestia una letanía de palos. Lejos de dejarse convencer por tan contundentes argumentos el asno echóse a muerto.

Así estaban las cosas cuando acertó a pasar un buen tropero. Ofreciendo sus buenos oficios procedió a descargar al burro. Este, de súbito, adoptó la posición de marcha y lanzó un largo rebuzno que algún mago seguramente hubiera traducido por "muchas gracias".

El tropero, hábilmente, acomodó sobre los lomos del asno la carga, equilibrando pesos, consultando su empirismo, y el mercachifle, con tal sistema de cargar, no sólo pudo llegar al lugar que se había propuesto sino que hizo el trayecto cómodamente sentado a mujeriegas. Para el caso, la ciencia económica es el mercachifle; el asno infeliz, el pueblo productor; nosotros, los georgistas, aspiramos a ser el buen tropero del cuento.

Por lo que a la producción toca hay que declarar que el impuesto único sobre el valor del suelo, desnudo de mejoras, es el más conveniente. ¿Qué obtenemos gravando las manufacturas? Refrenar la fabricación. ¿Qué logramos gravando las mejoras? Impedir la perfección y comprometer el progreso. ¿Qué si gravamos el comercio? Trabar la vida regu-

lar del cambio. ¿Qué si gravamos el capital? Alejarlo de una provechosa aplicación.

Desde el punto de vista fiscal, el impuesto único ofrece las condiciones deseadas. La tierra es una fuente inocultable e indestructible y, gravándola, veríamos desaparecer la renta especulativa.

La precisión en el reparto del impuesto fácilmente se obtendría mediante la escrupulosidad de los catastros.

Es muy aceptable lo que propone Smith cuando opina que "los súbditos de un estado deben contribuir a su sostenimiento proporcionalmente a los ingresos que cada uno disfrute bajo la protección del estado". Pero tratemos de traducir prácticamente tan bello pensamiento y tocamos en lo monstruoso. Supongamos dos sujetos pasivos del impuesto: uno sin familia; otro con numerosa prole: los impuestos indirectos castigarán mucho más a éste que a aquél y la injusticia llegará al colmo si suponemos que ambos obtienen iguales ingresos; pero mientras el segundo los obtiene del trabajo, el primero con el monopolio de la tierra, sin desarrollar actividad, con sólo especular con el incremento social, incorpora a su patrimonio, en forma de renta, una suma de riqueza ajena a su esfuerzo y que pertenece a todos. ¿Sería justo hacer contribuir a ambos por igual? No: el trabajo y sus beneficios son anteriores al estado; la tierra con su valor venal es una manifestación típica de la vida del estado.

.....

La conveniencia y la justicia del impuesto único son reconocidas por economistas como Mac Culloch, Stuart Mill, Ricardo, etc.

El impuesto único no es un fin; es un medio para realizar la equitativa distribución de la riqueza porque, como atinadamente afirma George: "Cuando toda la renta se cobre por medio del impuesto para las necesidades del pueblo, entonces se habrá alcanzado la igualdad ordenada por la naturaleza. Ningún ciudadano tendrá ventaja alguna sobre los demás si no es la que le procure su industria, habilidad e inteligencia y cada uno obtendrá lo que buenamente gane. Entonces, pero no antes, alcanzará el trabajo su completa recompensa y el capital su natural utilidad".

.....

No es de extrañar que en todo tiempo y en cualquier país

se dejen sentir los males de la organización — guerras, crisis, huelgas, crímenes, suicidios, psicosis, etc.,—en lo social la imitación es, más que un criterio, un modo de ser hereditario y el primer pueblo que desconociendo las leyes naturales y falseando el ideal de la convivencia se constituyó bajo bases arbitrarias e injustas legó a las sociedades del futuro todos sus errores fundamentales. Veamos lo que pasa en el mundo civilizado con la multiplicidad de los impuestos: la tierra monopolizada da asidero a la fiebre de la especulación, infla sus valores, destierra el trabajo, destruye los beneficios del capital y poniendo en la base un serio obstáculo a la producción la refrena, entorpece el cambio, dificulta el consumo y, aparte de la creciente miseria, ahonda el dolor de la vida trastornando periódicamente la evolución con el flagelo de las crisis.

.....
Veamos, por simple enumeración porque el análisis nos llevaría muy lejos, los efectos que produciría la aplicación del impuesto único. Por una parte: simplificación, facilidad y economía en el sistema de percepción; igualdad y precisión en la distribución de la carga. Por otra: confiscándose la renta, los arrendamientos se destruirían; no tendrían razón de ser ni la inactividad ni la especulación; acrecentárase el poder productivo desde que sería posible a todo miembro de la colectividad consagrar su actividad a la labor dignificante y fecunda sin tener nada que temer del egoísmo despótico de los que detentan exclusivamente y sin derecho, las condiciones naturales; desaparecerían el pauperismo y el vicio porque — como dice Comte — “el estado de rabia crónica que aflige al proletariado y lo arrastra a deplorables excesos” es engendrado por la pésima organización social; levantaríamos el castigo que gravita sobre el trabajo cuyos salarios son ración de hambre, de desesperación, de venganza; destruiríamos el doloroso paralelismo de la mayor miseria dentro del mayor progreso; habríamos manumitido al hombre cuya libertad es hoy teórica y sin sentido... Será preciso una lucha tenaz y formidable para destruir los fantasmas del egoísmo, de la rutina y de la injusticia, enseñoreados de los destinos universales. La nueva verdad hará su camino: el pesimismo no es un enemigo para combatir, es un valladar para voltear. Será preciso tronchar conceptos, destruir leyes e instituciones, romper prejuicios, iluminar ignorancias pusilánimes o agresivas; todo esto

y algo más... Pero triunfaremos; entonces los hombres serán más vigorosos, más buenos y más felices y la vida será un canto de paz, de trabajo y de esperanza.

.....

Nosotros vemos en el georgismo el germen de una nueva formación económica. Veamos a la vieja Europa, hasta ayer señora augusta y magnífica, hundiendo en el caos de una guerra sin precedentes los oropeles de una falsa civilización; veamos el espectro de la miseria que avanza siempre proyectando cada vez más su sombra trágica; veamos el desquicio de las organizaciones seculares, el naufragio del derecho, la inutilidad de las normas tantas veces quebradas por la impotencia; el ocaso de la fe, la desorientación y la ansiedad que corre como una ráfaga de contagio por sobre los continentes y dígame si no flota en el ambiente universal un estremecimiento de algo que se derrumba y la vislumbre de un nuevo sol que pugna por asomar por entre las nubes del horizonte: estamos en vísperas de una humanidad nueva... El georgismo, con la tea de la equidad en un puño y el hacha de oro del trabajo en el otro, echará los cimientos para que se levante la verdadera civilización que, en sus torreones luminosos, haga flamear a los ojos de la historia, el pendón de la justicia distributiva, eterno ideal de la gran colmena humana.

ARTURO ORGAZ.

Si se gravan las casas habrá menos casas y más pobreza; si se grava el tráfico habrá menos tráfico; si se grava el capital habrá menos capital; como si gravamos el ahorro decrecerá el ahorro. Por consiguiente, todos los impuestos que se pretende abolir son los que estorban a la industria y menguan la riqueza; mientras que si gravamos la tierra, no por eso ésta disminuye. — Henry George.
